

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo B)

Jesucristo está dotado de una autoridad que no necesita ser corroborada por nadie. También para nosotros Él es la máxima autoridad. La Iglesia sigue viviendo esa experiencia. Pero, a veces, las palabras de Jesús se viven como una amenaza. Es lo que narra hoy el Evangelio. Jesús enseña en la sinagoga y un endemoniado le reta: “¿Que quieres de nosotros Jesús nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros?”. Las palabras de Cristo tienen tal poder que despiertan los peores demonios de nosotros y suscitan esta tentación: “¿Que tiene Dios que decirme a mí?, ¿es que realmente le importo?”.

Sin embargo, para quien escucha con atención enseguida se disipan las dudas. Cuando oímos a Cristo y le hacemos caso, constatamos que nuestra vida mejora y somos más felices. Eso no significa que todo sea más fácil y desaparezca el esfuerzo, pero sí que nos ayuda a completar nuestra vida. De hecho, la palabra «autoridad» viene de un verbo latino, *augeo*, que significa «aumentar, hacer crecer». El Evangelio nos hace crecer.

Es verdad que conforme la palabra de Dios empieza a actuar en nosotros se da a la vez un proceso destructivo: hay que acabar con el pecado, contra lo que es contrario a Dios y, al mismo tiempo, nos deshumaniza. La gran disputa con Cristo no es argumental, sino que tiene su fundamento en nuestras actitudes. Nos oponemos a Él cuando no estamos dispuestos a cambiar, aunque nos demos cuenta de que lo que nos dice es la verdad, entonces endurecemos nuestro corazón. Por eso hemos de escuchar repetidas veces el salmo de este día: «¡Ojalá escuchéis su voz! No endurezcáis vuestros corazones».

Jesús es el verdadero Maestro, porque nos ama, quiere nuestro bien, da su vida por cada uno de nosotros, siempre nos dice la verdad y no nos engaña. Nos instruye de mil maneras: a través de la Iglesia, de los predicadores, del director espiritual, de los acontecimientos de la vida... Pero lo que es importante es estar dispuesto a escucharlo y seguirlo.

Hoy en día no es fácil la tarea de educar, ni nos gusta que otros nos digan lo que hemos de hacer. Pero sabemos que Jesús es el único Maestro y que las suyas son palabras de vida eterna. Reconocer que hemos de ser enseñados y educados es la base de la formación espiritual. Colocarse delante de Dios para discutir con Él y aceptar sólo lo que entendemos o nos gusta, es una mala actitud. Pregúntate: “¿Qué me ha pedido Cristo que no haya sido bueno para mí?” Si la respuesta es «nada», ¿por qué sigo sin fiarme del todo?

Si la Iglesia tiene fuerza para enseñar es porque ha recibido la autoridad de Jesucristo. Ella también es Madre y Maestra. Por eso se opone con vehemencia a muchas leyes inicuas o a ideologías que atentan contra la dignidad de la persona. Como Jesús en Cafarnaúm, escucha esa voz que la acusa porque se entromete en los asuntos mundanos. Pero es que Dios ha venido al mundo porque le preocupa el hombre. Y la Iglesia existe para ocuparse del hombre.

El poder radical de Jesucristo para sanar se manifiesta en la expulsión de los demonios. Dios es más fuerte que el mal y que el error. Por eso caminaremos seguros a su amparo. Que hoy en día muchos nieguen lo que Jesús enseña o que se burlen del Evangelio y de la Iglesia, no nos hace dudar lo más mínimo en su autoridad.

Sabemos que tiene palabras de vida eterna, y hemos creído en Él.